

tencia, que fueron creciendo á medida que crecía la población y que se hicieron imperiosas desde el día en que la población no pudo mantenerse solo de la caza y de la cría de ganados. Al llegar á este punto, el pueblo tiene aun que recorrer un dilatadísimo camino para llegar á una gran civilización, que no se desarrolla sino en largos períodos de paz no turbada y libre de irrupciones destructoras. Cuando todo esto ha podido concurrir en un país determinado, ha nacido una civilización especialísima bajo todos conceptos y apropiada al país donde nació; civilización que, á su vez, marca y fija el carácter, el modo de ser y el espíritu de los habitantes.

Este origen muestran todas las civilizaciones independientes que hallamos en los comienzos de la historia; en el Este del Asia, la civilización de los chinos, en el Oeste del mismo continente, la civilización de los babilonios, y en Africa la de los egipcios. Estas civilizaciones tienen un carácter comun y parecen hechas de una pieza, con la mas perfecta identidad interior. Semejante civilización, íntimamente penetrada del espíritu del pueblo, en virtud de su irresistible constancia, ejerce sobre el individuo de la nación así civilizada una fuerza que determina su carácter y su disposición, como el molde determina la figura de los objetos vaciados en él; es decir, que tal civilización forma de los habitantes de su pueblo casi una especie particular del género humano. Esto es lo que nos parece tan singular en los egipcios, que Herodoto dijo que los egipcios lo hacían todo de una manera diferente que los demás hombres. Pueden adoptarse ciertas cosas de una civilización así; pueden copiarse de ellas descubrimientos técnicos y habilidades y prácticas de industria; pero como un todo solo puede existir allí donde nació y creció, de aquí los grandes obstáculos que se oponen á la expansión de la nacionalidad que tal civilización ha producido. La nación es esclava de su civilización, como nos lo demuestra claramente la historia de los egipcios, que siempre que tuvieron paz y orden en su propio país trataron de conquistar la Nubia y siempre la perdieron de nuevo, poseyeron durante largos años grandes extensiones de la Siria y las volvieron siempre á perder. En la Nubia la civilización egipcia ha desaparecido completamente, y no fué posible siquiera introducirla en Palestina, cuando en el valle del Nilo existió con todas sus particularidades esenciales á pesar del dominio extranjero hasta la introducción del cristianismo. Los asirios adoptaron en globo y en sus pormenores la civilización de los babilonios, pero no eran enteramente diferentes las condiciones de vida de unos y otros países, ni tampoco la civilización de la antigua Babilonia era una civilización hecha tan de una pieza como la egipcia. La historia de ambos pueblos, la de los egipcios como la de los babilonios, está íntimamente ligada á la historia territorial de una extensión bien definida de superficie.

No sucedía lo mismo entre los fenicios, cuya historia no se identifica tanto con la de su país. Entre todos los pueblos civilizados de la antigüedad los fenicios son los que mas supieron conquistar y conservar su independencia, con el carácter y la civilización que habian adquirido en el limitado territorio donde ésta se formó, y son tambien el primer pueblo que, por medio de la emigración y de las factorías y colonias que fundó en el extranjero, llegó á su completo desarrollo y poderío históricos.

Los fenicios, como los antiguos griegos, que con medios semejantes consiguieron posteriormente resultados tambien semejantes, fueron un pueblo que en el curso de su historia demuestra sobre todo la unidad de origen. Deben su posición en la historia del mundo á su espíritu de empresa y al arrojo con que recorrieron los caminos ilimitados que les

abriría el mar, ya para satisfacer su deseo de ganancia y de recursos, ya para buscar puntos donde establecer con las mayores ventajas posibles una nueva patria. Juzgar de la importancia del pueblo fenicio solo por el número de ciudades y por la significación de la Fenicia propiamente dicha, seria un gravísimo error, porque seria medir esta importancia de una manera muy mezquina. Los pequeños Estados de aquel país no influyeron casi nunca de una manera decisiva ni en los imperios del antiguo Oriente ni en la vida política de sus vecinos; y á lo mas, contribuyeron á decidir en momentos críticos algunas cuestiones en los grandes sucesos históricos, y esto por su existencia casual y por la política que tambien casualmente seguían en aquellos momentos. No preguntáramos ciertamente mas por la historia de Tiro y Sidon que por la de Gaza y Asdod si los fenicios no hubiesen sido los primeros en poner en relacion el Oriente con el Occidente y si Cartago, el adversario mas peligroso de las ciudades griegas de Sicilia y despues de Roma, no hubiese sostenido las luchas desesperadas que sostuvo por el dominio de los países marítimos del Mediterráneo occidental, luchas que al cabo de un largo pasado, pobre en hechos de armas, han hecho inmortal el nombre de los punios. La aureola de gloria que rodea las figuras de los grandes capitanes Amílcar y Aníbal se refleja tambien sobre la madre patria. No deja de haber en la historia ejemplos de colonias y fracciones emigradas de un pueblo enérgico, que han producido una nueva unidad nacional, porque de esos ejemplos hemos visto en los Estados formados por los varengos y por los normandos y tambien los vemos en los Estados Unidos de la América del Norte y en las colonias inglesas; pero estos mismos ejemplos prueban que raras veces se realiza esta nueva formación de naciones sin una considerable pérdida del carácter é índole particulares de la nación colonizadora. En muchos casos se efectúa al mismo tiempo que la transformación mas ó menos completa del carácter é índole primitivos del pueblo colonizador, pues que la adaptación á nuevas condiciones de vida lleva en pos de sí el sacrificio de una gran parte de la nacionalidad. Ahora bien, transformaciones de esta clase apenas se observan en los fenicios de las ciudades coloniales. Solo ahora se empieza á apreciar como merecen las ideas creadoras y los resultados de civilización que los navegantes y comerciantes fenicios comunicaron á los pueblos del Occidente y en primer lugar al pueblo griego, á medida que se descubren en las excavaciones hechas en territorio griego muchos restos anteriores á la época de Homero, los cuales prueban que la extensión del pueblo fenicio tuvo una influencia considerable en el curso é historia de la civilización de los tiempos posteriores á ellos. Lo que les ha hecho tambien en este concepto un pueblo histórico han sido, además de la tenacidad con que persiguieron sus propósitos, el alto grado de facilidad intelectual con que se apropiaron las conquistas de otras civilizaciones y la flexibilidad y circunspección con que supieron adaptarse á nuevos medios y á poblaciones nuevas y enteramente extrañas.

Es verdad que experimentaron, como otro pueblo cualquiera, las vicisitudes favorables ó adversas que encontraron en otras tierras; y ya veremos que obedeciendo á una ley general, solo obtuvieron grandes resultados tratando con pueblos que todavía no poseían civilización propia y durante épocas en que no tenían importancia nacional; pero las cualidades que poseían sobre todo y que no poseyeron jamás los antiguos pueblos civilizados en los valles del Nilo y del Eufrates, eran el grandísimo instinto y el talento de adaptación que tuvieron, por lo mismo que su propia civilización no era precisamente un producto nacional, sino que estaba copiada y aprendida de pueblos extranjeros. Esto hizo que

los fenicios tuvieran mas flexibilidad y estuviesen exentos de los defectos casi innatos de que adolecen las naciones de civilización propia y nacional.

### 3. El nombre de Fenicia.

La Fenicia como la historia de los fenicios, que tuvo por teatro todas sus colonias y no un país determinado, es menos una idea geográfica precisa que un nombre que se aplicaba en general á aquella parte marítima de la Siria que principalmente estaba habitada por fenicios. Por esto es el nombre de Fenicia (*Phoinix* en griego, *Phœnice* entre los latinos) derivado etimológicamente del nombre griego de los habitantes, y no el de los habitantes del país. El nombre griego de fenicio es formado de *Phoinix*, lo mismo que el de los cilicios de Cilix, ó como lo pronunciaban los griegos, Kilix, y significa persona de color pardo-rojizo, como



Moneda de Cartago

(tamaño del original). Conserve en el Museo numismático de Berlín.

en griego la palabra *phoinos* equivale á color rojo oscuro tirando á pardo. Así la raíz de este nombre de fenicio se vuelve á encontrar en *phenus*, ó sea el *punio*, que los pueblos itálicos probablemente adoptaron de los griegos. Como no eran frecuentes en griego formaciones de palabras de nombres de pueblos como *Phoinix*, no quedó la significación de este nombre siempre en la conciencia de los griegos, y á consecuencia de este olvido buscaron ya en tiempo antiguo etimologías demasiado artificiosas para el pueblo de los fenicios, etimologías en gran parte arbitrarias y necias, lo que no ha impedido que algunas hayan merecido la aprobación de los sabios modernos que por otra parte han contribuido tambien á aumentar el número de las interpretaciones erróneas. No necesito detenerme en la mayor parte de estas interpretaciones para refutar la idea de que los fenicios habian recibido su nombre de *Phoinix*, que se dice haber sido hermano de Cadmo, y la de los que sostienen que el nombre de fenicios designaba á este pueblo como tintoreros de encarnado, ó traficantes en púrpura, ó hasta salteadores homicidas. Estas y otras ideas por el estilo hace tiempo han sido refutadas; pero de todos modos convienen en que *Phoinix* es la raíz y *phoinike* (fenicio) la palabra derivada.

Los fenicios fueron los que dieron á conocer á los griegos el dátil y el árbol que lo produce, y por lo mismo los griegos dieron á la palmera tambien el nombre de *Phoinix*, como quien dice el árbol de Fenicia (1). Así en la antigüedad se explicó el nombre de Fenicia por el nombre griego de la palmera y se creyó que Fenicia significaba país de las palmeras. Entre los modernos, principalmente Movers ha aducido muchas razones en pro de esta explicación, diciendo que si algo podia representar bien la Fenicia era la palmera de dátiles, porque ninguna otra región marítima del Mediterráneo habia podido enseñar mayores bosques de palmeras que la Fenicia y porque tambien figuraba la palmera como símbolo del país en las monedas de Tiro y de su hijuela Cartago. Muchas otras ciudades fenicias usaban tambien palmas en sus monedas. Ateneo menciona expresamente los dátiles como un ramo muy apreciado del comercio fenicio; pero los dátiles solo por error pudieron haberse considerado como producto de la Fenicia, pues que este fruto no llega en aquel país á completa madurez (2). De la existencia de la palmera en las monedas

(1) Véase la obra alemana de Victor Hehn: *Plantas de cultivo y animales domésticos*, quinta edición, págs. 218 y 487.

(2) Véase sobre esto la obra de Carlos Diener: *El Líbano, los rúdi-*

no puede deducirse gran cosa, pues su origen es griego y aunque hechas en otra parte, son imitadas de las monedas griegas; y además hay otras monedas de Siria que tienen tambien la palmera. Lo que importa aquí es saber si es acertada esta etimología, y esto no es posible. En general los griegos han sido mas atrevidos que felices en sus explicaciones etimológicas y en este caso tampoco han querido ver la dificultad que se opone á su explicación, porque es lingüísticamente imposible que habiendo formado de la palabra *Phoinix* (la palmera datilífera) un nombre de país de la forma de Fenicia, hubiesen podido hacer de este nombre de país otra vez el de *Phoinix* como nombre de los habitantes. Meltzer es quien ha llamado la atención sobre esta imposibilidad, bien que la nueva explicación que él propone, aunque solamente por vía de suposición, excita igual objeción; porque si bien reconoce en su historia de los cartagineses que el significado original y fundamental de *Phoinix* y de *phoinike* se encuentra en la palabra *phoinos* como designación de un color especial, cree que la palabra *Phoinix* era una traducción del egipcio antiguo, atendido que la parte del Asia limítrofe del Egipto era llamada por los egipcios *la Tierra roja*. Pero resulta, al pare-



Monedas de los procuradores romanos de Judea (tamaño del original).

a. Año 39 de Augusto. Anverso: una espiga de trigo con la inscripción: ΚΑΙΣΑΡΟΣ 'del César'; véase el Evangelio de San Mateo, cap. 22, v. 21. - Reverso: una palmera.

b. Cuarto año de Tiberio. Anverso: una hoja de palmera, con la leyenda: ΙΟΥΔΑΙΑ - Reverso: una corona de laurel con la leyenda: ΤΥΒ (επιων) ΚΑΙΣΑΡ (ος).

cer, que en la lengua egipcia no existió ningun nombre de pueblo que hubiese sido derivado de *Tierra roja*; y de todos modos, para dar razón á Meltzer habria que aceptar lo que no puede admitirse, es decir, que el nombre griego del país fuese anterior al nombre del pueblo. Lo mismo sucede con la opinión de A. H. Sayce (3), que supone la palabra *Phoinike* traducción griega de la palabra *Keft*, con la cual los egipcios designaban la Fenicia, cuya palabra *Keft*, dice, significaba país de palmeras. Contra esta opinión se opone la objeción de que los nombres usados en la lengua egipcia para la palmera datilífera y su fruto se llamaban *benre*, *bene*, *beni* y no *Keft*. Tampoco es fácil figurarse que los fenicios que tuvieron las primeras relaciones con los griegos, aun admitiendo que fuesen colonos fenicios naturales de las embocaduras del Nilo, se hubiesen servido de los nombres egipcios para designar á los griegos su propio país y pueblo.

Si ahora la palabra Fenicia en su origen solo significaba para los griegos una extensión de tierra cuyos habitantes se componían en su mayor parte de fenicios, se explica por qué la idea de Fenicia tenia casi siempre algo de vago é incierto. Los fenicios solo tuvieron permanentemente en su poder una pequeña parte de la costa de Siria. Si nos figuramos dividida en tres partes iguales la extensión total de la costa marítima de la Siria desde la bahía de Iskanderun, el golfo de Issos, en el Norte, hasta El-Arisch, en el Sur, resulta ser el trozo

mentos de su geografía física y de la geología de la Siria central, Viena, 1886; Oton Ankel: *Rasgos principales de la naturaleza del país al Oeste del Jordán*, Francfort, 1887; Baedeker: *Palestina y Siria en la mano*, segunda edición.

(3) Véase su obra: *The Ancient Empires of the East*, etc., Londres, 1883.



central el que poseyeron permanentemente los fenicios, que empieza algo al Norte de la embocadura del Nar-el-Kebir, el Eleutero de los antiguos, y llega hasta el golfo de Kaifa, de consiguiente desde aproximadamente la parte media de la gran bahía que hoy se llama Dyun-Akkar hasta cerca del imponente promontorio formado por el monte Carmelo. A lo largo de este trecho casi se tocaban en la antigüedad las ciudades de Fenicia, fenicias probablemente también por su población, sus costumbres é idioma; bien que había algunos puntos marítimos limítrofes en el Norte y en el Sur que eran simplemente factorías ó colonias del pueblo fenicio. Por lo mismo estos lugares han sido contados por los antiguos, según las ocasiones, ya como formando parte de la verdadera Fenicia, ya como colonias separadas de ella, de donde resulta, según ellos, una mayor ó menor extensión de las fronteras de la verdadera Fenicia.

Los antiguos se sirvieron también del nombre de Fenicia, cuando las ciudades fenicias hacia ya tiempo que habían perdido su independencia, para designar arbitrariamente una parte de la Siria marítima habitada por fenicios, siguiendo una división política temporalmente en uso, sin cuidarse de la verdadera extensión del país de Fenicia. Así emplea Herodoto este nombre suponiendo que llegaba el país fenicio al Norte hasta Miriandos, junto al golfo de Issos; porque hasta este punto los griegos contaron al parecer, en la época persa, la costa de Siria como perteneciente á la Fenicia, no porque hubiese entre los habitantes de Miriandos, entonces ni mas adelante, fenicios, sino mas particularmente á causa de empezar entonces en aquella comarca (1) una gran provincia del imperio persa, que extendiéndose hasta la frontera del Egipto incluía también la Fenicia. En otra parte de su obra designa Herodoto evidentemente la Fenicia propiamente dicha con el nombre de Siria palestinense, nombre que después sirvió casi exclusivamente para designar la parte mas meridional de la Siria marítima. En tiempo de los Seléucidas se consideró como el límite Norte de la Fenicia la ciudad de Ortosia, á la embocadura del Nar-el-Berid, distante cosa de doce kilómetros al Norte de Trípoli; por manera que por aquel lado no habría llegado la Fenicia todavía hasta la embocadura del Eleutero. Como límite meridional se consideró la embocadura del Corseo ó rio de los cocodrilos, el Nar-Zerka, que desemboca en el mar al Sur del monte Carmelo. Hasta aquella misma comarca, es decir, hasta Cesarea colocan también los autores romanos el límite meridional de la Palestina, por el único motivo probablemente de que no dejaban llegar la Palestina mas al Norte. Se fija el límite septentrional, por algunos autores latinos como Josefo, hasta la embocadura del Eleutero, pero la mayor parte lo ponen mas al Norte hasta Balanaia, hoy Baniyas, donde estaba en la Edad media la frontera entre el reino de Jerusalem y el principado de Antioquia.

#### 4. Naturaleza física del país.

Si trazamos las fronteras hacia el Norte junto á la embocadura del Nar-el-Kebir y por el lado Sur en la punta Norte del Carmelo, resulta una costa que en total se extiende á poco mas de doscientos kilómetros; y si consideramos la antigua Balanaia como el punto mas septentrional del país, y la embocadura del Nar-Zerka como punto mas meridional, no obtenemos mas que trescientos cincuenta en números redondos. Si resulta, pues, la extensión longitudinal muy modesta, lo es muchísimo mas la anchura de la Fenicia; porque los fenicios no poseyeron mas que la angosta zona de tierra llana

(1) En el promontorio Posidium, hoy Ras-el-Buseit, ó bien en la embocadura del Orontes.

que acompaña á la costa. La imponente masa de montañas que se extiende de Norte á Sur y ocupa hacia el Oeste poco menos que toda la superficie de la Siria, se aparta de la costa en su sección Sudoeste solo para dejar entre las montañas y el mar una ancha playa; y desde el monte Carmelo al Norte toca casi directamente á la orilla del mar, enviando como bastiones imponentes estribaciones dentro del mar, que entre estos promontorios tiene muy cerca de la orilla considerable profundidad, mientras las estribaciones dejan entre sí unas playas de forma arqueada y limitadas por la parte de tierra por las citadas estribaciones abruptas. Así, pues, allí no hay valles bajos y anchos que desde la playa penetren en la parte montañosa. Solo las principales incisiones desde la playa en la parte montuosa conservan en dirección Este el carácter de valles laterales. Verdad es que toda la alta montaña está cortada en sentido longitudinal por una garganta á manera de valle que encerrada entre el Líbano y el Anti-Líbano, y llamada Siria hueca, la Celesiria de los antiguos, ó como hoy se llama la Beaca, que quiere decir la hendidura, viene á ser un país particular que en su dirección sigue paralelo á la línea montuosa de la costa. En este país nacen dos rios que envían sus aguas al Mediterráneo corriendo en la mayor parte de su curso paralelos á la costa, á la cual llegan solo después de un largo rodeo y en un trecho relativamente corto. El uno de ellos es el antiguo Orontes, llamado hoy Nar-el-Asi, y desemboca tan al Norte, que no puede considerarse como rio de Fenicia. El otro se llama hoy Litani ó Casimiye; y en la parte de su curso que tiene dirección Oeste, y donde corta cordilleras en hondonadas para llegar después en menos de hora y media de curso al mar, al Norte de Tiro, es un torrente indomable, cuyas aguas resuenan en el angosto lecho de peñascos formando abismos de centenares de pies de profundidad, como si fuera una serpiente que se esforzara por salir de su encierro casi subterráneo (2). También las demás corrientes que proveen de agua á la Fenicia carecen de vertientes laterales suaves. Por el lado occidental de la cordillera marítima serpentean, especialmente desde el Líbano, barrancos angostos, profundos y de laderas casi verticales hasta su llegada á la costa. Por esto son muy contados los llanos de alguna extensión en el territorio de la Fenicia propiamente dicha, entre los cuales merecen citarse las tierras bajas que circundan la bahía de Dyun-Akkar en el extremo Norte del Líbano y á las cuales se unen en las inmediaciones de Tarabulo (Trípoli), los campos de la comarca ondulada de Beirut y la llanura que cerca del mar se extiende al Sur de Sidon. La llanura mas extensa es, sin embargo, la que al Norte del Carmelo se extiende desde la bahía de Haifa en forma de abanico y continúa del lado Norte, mas allá de Akka, hasta el Ras-Nakura, y se acerca en dirección Sudeste á la cordillera del Carmelo y hacia Sudeste se comunica, por el curso superior del Kison (Nar-el-Mucata), con la llanura de Jesreel, que, sin embargo, no ha formado nunca parte de la Fenicia. Por término medio la anchura del territorio fenicio oscila entre cerca de dos y cuatro kilómetros; pero en algunos puntos toca la cordillera al mar que apenas deja sitio para un camino angosto y hasta hay puntos en que ni para esto hay sitio, lo que ha sido motivo ya en la antigüedad de cortar senderos ó caminos de herradura artificialmente en las rocas escarpadas de la orilla.

A pesar de ser el país propiamente fenicio de escasísima superficie, daba á sus habitantes mas de lo que se ha querido admitir, al suponer que la cuna de tantas colonias debía haber sido forzosamente un país inhospitalario. Gracias á su

(2) Van de Velde: *Narrative of a Journey through Syria and Palestine in 1851 and 1852*, Edimburgo y Londres, 1854.

situación marítima, disfruta un clima templado semejante al de la mayor parte de las comarcas marítimas del Mediterráneo. Los vientos del Oeste que vienen del mar saturados de humedad suavizan los extremos entre los meses que no llueve y los de lluvia. Mientras en Alejandría dura la estación seca seis meses y cinco en Jerusalem, dura en Beirut solo unos cuatro meses, desde principios de junio hasta fines de setiembre, que es cuando cesa el viento y se presenta el calor mas sofocante. Los meses de mayores lluvias son los de enero y febrero. En general se puede decir que la comarca marítima fenicia recibe de la atmósfera tanta abundancia de humedad como las costas de Argel ó de Sicilia. Para la vegetación la época de sequía significa el período del sueño invernal, y las primeras lluvias á principios de octubre señalan la entrada de la primavera. La proximidad del mar influye también en la temperatura, que allí tiende á igualar las estaciones mas que en las tierras situadas al Sur y en el interior. En Beirut la temperatura en invierno raras veces baja mas de diez grados C., mientras que en verano no se eleva por término medio mas allá de 25 hasta 28 grados.

Las diferencias de nivel, sobre todo en las vertientes occidentales del Líbano, en combinación con la diversa calidad del terreno, producen gran variedad, pues es costumbre, al hablar del Líbano, decir que tiene en su cabeza el invierno, en sus hombros la primavera, en su regazo el otoño y á sus pies el verano. Las crestas y cumbres de esta cordillera, que se elevan por término medio hasta la altura de 3,000 metros, se hallan durante los meses de invierno cubiertas de nieve y han dado el nombre á la cordillera llamada Libnan, que quiere decir monte Blanco, nombre que han querido explicar algunos muy erróneamente por el color de sus rocas escarpadas y desnudas, no obstante que el color de estas rocas es un gris rojizo. Las grandes masas de nieve que se acumulan durante los meses de lluvias en las cumbres del Dyurd (así se llama la cresta mas alta del Líbano), vuelven á liquidarse en los meses de verano y pasan al través de las hendiduras de la roca calcárea para salir á la superficie en el confin de la roca arenisca que forma la zona media de la montaña, donde está la vertiente occidental escalonada llamada por los árabes el Wussut. Allí nacen la mayor parte de las corrientes que salen de la región occidental del Líbano y fecundizan las playas fenicias. El agua que fecundiza la tierra baja, el Sahil (en árabe la playa), no es el único don de las montañas, sino que también lo es la misma tierra, arrastrada por los arroyos y torrentes de las estribaciones del Líbano, que en lo principal son de formación cretácea. Las margas cretáceas que durante el tiempo de las lluvias son llevadas y esparcidas por innumerables torrentes sobre el terreno bajo, le devuelven cada año la feracidad que le quita el cultivo. Por esto aun hoy se contenta el labrador en muchas partes de la Fenicia con la labor mas sencilla; ara con su arado sirio hecho toscamente de madera, y tirado por una pareja de bueyes, siembra en el suelo así mullido y abanda luego el sembrado tranquilamente á su suerte (1).

Si, pues, no sobra en la Fenicia el terreno productivo, el que existía siempre recompensaba abundantemente el trabajo. Gracias al clima favorable, maduran allí los cereales muy temprano: el trigo en mayo y la cebada á veces en abril. Actualmente, la población de las playas fenicias necesita

(1) Van de Velde; dice Hans Prutz en su obra: *Desde la Fenicia*: «Cuando se ve en qué terreno pedregoso y al parecer estéril prosperan todavía la cebada y el trigo, y cuando uno considera los míseros arados de madera, que no aran, sino simplemente arañan superficialmente la tierra, no se puede menos de pensar en las magníficas cosechas que podrían obtenerse si se limpiara el suelo de piedras y se cultivara con un arado de hierro.»

para su sustento la introducción de masas considerables de cereales de otros países; pero en la antigüedad no sucedía lo mismo en igual grado, porque es indudable que grandes extensiones de superficie que antiguamente producían trigo, se emplean hoy en otros cultivos, cuyos productos se destinan á las industrias. Lo que todos los viajeros que han recorrido la Fenicia elogian hoy como el mejor adorno del país, es el ancho cinturón de magníficos y bien cuidados jardines y huertos que rodean y embellecen la mayor parte de las ciudades y aldeas; y esto probablemente existió también en la antigüedad donde el suelo lo permitía, si bien no podemos fijar hoy con seguridad las especies arbóreas y los frutales que cultivaron los antiguos, ni en general ha sido objeto de investigación científica el descubrimiento de la patria de muchos de estos vegetales y de su primera aparición en las diferentes comarcas de Asia, de Africa y de Europa. Así es que en estas cuestiones la falta de noticias seguras nos reduce á la mera probabilidad (2). Si existiesen aun restos de alguna consideración de la literatura fenicia, podríamos formar un cuadro algo mas claro del antiguo aspecto del país respecto de su cultivo, como podemos tenerlo de Palestina por los datos que nos facilita la Sagrada Escritura.

En la vegetación fenicia se observan, desde luego, los rasgos principales de la flora marítima de los países mediterráneos, y en especial se encuentran representadas las innumerables especies de plantas de hoja perenne, estrecha y coriácea. La flora de Fenicia se parece mas que á ninguna otra á la marítima de España, de Argel y de Sicilia. Lo que los hombres del Norte de Europa echan de menos sobre todo en la Fenicia son los prados, porque en lugar de las yerbas propias para césped predominan matas, cañas y plantas bulbosas, azucenas, tulipanes, jacintos, narcisos, azafran y orquídeas, cuyas flores despliegan una magnificencia no igualada, ni en abundancia ni en variedad, por la flora de ningún país de la Europa central. La hiedra, las rosas enredaderas, la pasionaria y la aristoloquia abrazan los matorrales por entre los cuales se abren los caminos de herradura, que hay que hacer con frecuencia de nuevo para dar paso á los que transitan por aquellas comarcas. Donde hay agua abundante se agrega á la riquísima vegetación la adelfa arbórea, cuyas floridas copas forman el mas bello adorno de los paisajes marítimos (3). También pertenece á la vegetación de las orillas de las corrientes, el tamarisco. Matorrales impenetrables en que dominan las plantas lauráceas y mirtáceas, orlan las orillas inferiores de los mayores rios. No faltan, sin embargo, contrastes á estos puntos de vegetación exuberante, porque hay otros trechos donde solo domina la arena movediza, con la cual alternan huertas, sotos de árboles frutales, grupos de palmeras, y en los terrenos ondulados, grandes plantaciones de algarrobos y olivares. Como ya se ha dicho, la palmera es un vegetal exótico en la Fenicia, pues que su fruto no llega á madurar allí; pero es indudable que fué cultivada antiguamente en mayor escala que ahora, y que era uno de los vegetales que caracterizaban aquellas playas, donde se había introducido desde la Palestina meridional. Desde tiempo antiguo, el dátíl era un gran artículo del comercio fenicio, y es un hecho que los huesos de dátíl germinan en el suelo fenicio con la mayor facilidad. Originario de la Fenicia, ó por lo menos de las estribaciones del Líbano, es el olivo, que se

(2) La interesante obra de Victor Hehn: *Las plantas de cultivo y los animales domésticos*, nos informa muy bien respecto de muchas particularidades; pero el autor no ha penetrado con sus investigaciones tanto en el terreno de la filología oriental como lo ha hecho en otros puntos que le han interesado mas y que están mas dentro de su método.

(3) C. Diener, en su obra: *El Líbano*, pág. 175. Véase también Oscar Fraas: *Tres meses en el Líbano*, Stuttgart, 1876.